

quería dejarle un manuscrito. (Si el mejor chocolate del mundo podía comprarse según Oppiano Licario en la calle Rivoli de París, el café *La Dominicana*, en Mercaderes y O'Reilly, tuvo fama de vender los mejores refrescos y helados de La Habana del siglo XIX).

El manuscrito es un poema copiado o compuesto en una ensoñación. Escrito en medio de una visión feliz en la que escuchara varias voces, su autor, uno de los jóvenes citados en *La Dominicana*, había seguido el dictado de esas voces. Eran voces de atlantes, los que pronunciaban —cada voz un poema era el mundo perdido de la Atlántida. Igual que tenemos en unos versos de Coleridge el palacio perdido de Kublai Khan, el manuscrito que un joven deja a otro nos brindaría la isla perdida de la Atlántida, el continente perdido. Historia de la Atlántida que es historia de Utopía que es historia de Cuba.

Al despedir al amigo que parte, el nuevo dueño del manuscrito, que no es otro que el viejo que ya vimos vestido de dril, parte a los baños del malecón. Es invierno y encarando el temor casi sagrado que sentimos los cubanos por los baños de mar invernales, él está dispuesto a darse un baño para lucirse ante dos jóvenes norteamericanas que se bañan más allá. Busca asombrarlas con su proeza de nadar en mar abierto retando a la marejada del norte. Cemí arropaba su libro al cruzar el malecón aciclonado, éste esconde el suyo dentro de una chistera. Ve llegar a las dos muchachas extranjeras, se desnuda y deja sobre una piedra la chistera.

Allí la alcanzan una y otra ola impulsadas por el norte. El agua del mar borra las hojas y las desmenuza. *La Súmula* fue desgarrada por los dientes de un perro, este otro libro es desgarrado por los dientes de perro de la costa. Ambos terminan borrados por el agua. Contra los dos maldicen elementos naturales, «la maldita circunstancia del agua por todas partes». El temporal se alía a un simple descuido de sus guardianes: uno corre a una cita de amor, otro intenta escaramuzas frente a dos mujeres deseadas.

Al terminar de relatar su historia, el viejo del dril blanco empieza a ser precisado por quien lo escucha. Es entonces cuando se nos hace sentir que el libro destrozado puede hundirse más en la desmemoria: resulta que viejo ni siquiera conocía el nombre del amigo que le diera el libro, se habían visto sólo un par de veces. Y éste, quienquiera que haya sido, tampoco supo los nombres de las voces que le hablaron en una ensoñación. Citaban poemas, se nos sugiere, de alguien cuyo nombre no dijeron. De esas sucesividades del anonimato, cantidad que procura expresar la calidad de lo inmemorial del libro, queda su título: *Libro de las profecías*. Y ha quedado descrito el aire de sus versos como muy semejante al aire de unos versos del poeta cubano del siglo XIX, Juan Clemente Zenea.

Lo mismo que la *Súmula*, compilación, método, sistema, guía, manual y oráculo, el *Libro de las profecías* es además la epopeya de un país, el magnífico poema de la isla.

En los años setenta José Lezama Lima escribe en su novela *Oppiano Licario* la pérdida de un libro sapiencial. Unos años antes ha meditado en sus ensayos acerca del vacío, ha señalado en la era imaginaria china del vacío suscitante y en las constantes de la cultura cubana, esos jirones, desgarrones, huecos por historiar. El vacío que busca denotar un libro que se pierde es vacío de nuestra expresión, de nuestra historia. Pero es también vacío ontológico, despoblado en el ser: tendríamos que leer los últimos poemas lezamianos donde aparecen las figuras del Tokonoma y del Esperado. El Tokonoma que es un punto, un rincón, una pizca de nada para simbolizar vacío en el recinto de la casa... El Esperado que gana desde el deseo su paradigma de figura del Tarot, bicho de charada china, emblema alquímico, alegoría renacentista... Libro perdido, el Esperado, el Tokonoma, son figuraciones para el vacío.

Dos años antes de la publicación de *Oppiano Licario*, en 1975, Eliseo Diego cuenta también la pérdida de un libro en que se aúnan sapiencia y esencias de nación. Más que marcar la precedencia de uno u otro escritor, más que meterme en escarceos cronológicos, he querido subrayar su paralelo estricto. Dos libros y sus suertes parecidas aluden al vacío. Al extrañarse ambos (y esto es más evidente en el ejemplo de Eliseo Diego) nos quedamos sin memoria de la isla, sin sus sentidos más secretos. No sabemos —vuelvo a citar palabras de José Lezama Lima— qué pueda ser lo esencial cubano.

### III

Ese mismo año en que Eliseo Diego publica su *Noticias de la quimera*, conjunto de narraciones donde leímos perderse el *Libro de las profecías*, Cintio Vitier publica un texto para una posible historia de la eticidad cubana. Tal como un libro suyo anterior (*Lo cubano en la poesía*) busca ser historia de esencias en la poesía de la isla, *Ese sol del mundo moral* intenta historiar la ética cubana. A sus páginas vamos a preguntar qué puede ser el vacío histórico cubano.

José Lezama Lima se dolía en unas líneas suyas de nuestro desconocimiento esencial. Desde muy temprano entre él y Vitier pensaron en dotar a la isla de una teleología propia, de fines que conjuraran pérdidas, descuidos, epidemias de desmemoria. Cintio Vitier ha cumplido este empeño y nosotros, gracias a ello, somos lectores de *Lo cubano en la poesía* y de *Ese sol del mundo moral*. Vamos a hojear este último.

El libro se divide en dos partes, es un díptico. La primera parte nos lleva desde los orígenes hasta la muerte de José Martí. La segunda parte, desde la República hasta la Revolución, cuenta los años que sobreviven a la muerte martiana. En la primera mitad del libro podemos leer el camino hacia la encarnación de una persona, un héroe, unas páginas, que son José Martí. En la segunda hoja del díptico leemos cómo, destazado el cuerpo de Martí, olvidado en mucho, manchado a causa de su buena prensa, desperdigadas sus cartas y sus escritos, viene a reunirse todo esto, nuevo Osiris, y la reunión se llama Revolución.

La Colonia, según Cintio Vitier, existe porque devendrá en Martí. La República, según Cintio Vitier, existe porque devendrá en Revolución, Martí mediante. La división del libro en dos hojas permite que veamos a la primera de sus partes como biografía —años hacia la vida de Martí y vida suya— y a la segunda de sus hojas como misterio: trascendencia martiana. En la figura de José Martí encarnan todos los fines de la isla si seguimos a Vitier.

He escrito figura y voy a permitirme una precisión: Martí, como antes el Tokonoma, el *Libro que se pierde* y el Esperado, es figura. Martí figura todo el sentido que nos falta. Es lo contrario a vacío histórico, podríamos decir que es lleno, que es colmo, que es culminación. «Pues poder justificar que su nacimiento tenía que ser entre nosotros», escribió de él José Lezama Lima, «podría justificar de una vez la avivadora posibilidad de una historia y la solución de la forma de nuestros estilos posibles».

Se han echado siempre de menos las páginas que Lezama Lima debió dedicarle. Dispersas en muchas otras páginas suyas recogemos referencias, avisos y señas de lo que hubieran podido ser esas páginas inescritas. Curiosamente, quien entró en la biblioteca de la casita de Lezama Lima en Trocadero para inventariar sus libros, halló que existían muchas ediciones de las obras completas martianas y nos llama la atención sobre el hecho inesperado de que estuvieran tan poco marcadas por el uso. Cuando, atravesando estudios de Lezama sobre otros autores o temas generales, encuentro sus menciones de Martí, tengo la idea de que, más que girando contra algún texto martiano, la mención gira contra otra mención anterior que el propio Lezama ha hecho de Martí. Hay una especie de velado en esto, como si a cada nueva cita que se hiciera de él se agregara una trama más de escritura que lo encubre.

Sin embargo, Eloísa Lezama Lima, hermana del escritor, recuerda cómo, a la edad de catorce o quince años, éste repetía de memoria, ante un gran espejo de la casa, los discursos políticos, la prosa y los versos de José Martí. Y no sólo los repetía, sino que se permitía enmendarle algunas palabras a los versos o a la prosa, rescribía a Martí.

En dos ocasiones José Lezama Lima reescribe por escrito a Martí, si así puede decirse. Lo completa, para ser más exactos. Una de estas ocasiones la hemos visto ya, cuando faltando una página arrancada del último diario martiano, Lezama ha venido a agregarle un cuadro de Juana Borrero. Los paralelos entre pintura y poesía cubana terminan con ese entrecruzarse de palimpsestos. La otra ocasión aparece en la *Introducción a un sistema poético*, donde Lezama escribe que la *imago* ha participado en los cubanos a través del título de un libro de contenido escaso y a través de la lejanía, sentencia y muerte de José Martí.

El título que arroja a un cuerpo ralo, que queda grande de tamaño al cuerpo que nombra, es nuestro primer poema, *Espejo de paciencia*. Es un título, según Lezama, digno de la sabiduría china. Lezama va a ocuparse en trastocar esos cuerpos que cita: por un lado toma el título sin obra —*Espejo de paciencia*— y por otro la obra sin título adecuado, la obra y vida de José Martí. Con ambos cuerpos, descabezando a uno y otro, dando a lo martiano el título de *Espejo de paciencia*, nuestra historia, nuestra expresión, ganan, al decir de Lezama, su libro talismán, libro tesoro creado a partir de un juego de decapitaciones y cabezas trocadas en que hemos visto officiar a Lezama lo mismo que a un cabalista despertando a su homúnculo. Como lo vimos antes con mañas de encuadernador bibliotecario restaurando una página perdida.

En la *Antología de la poesía cubana* compilada por él podemos avizorar ese libro mágico suyo. Igual que el *Libro de las profecías* en el ejemplo de Eliseo Diego, esta antología recoge las voces de la isla. (No hay libro, por quimérico que sea, que no gane encarnación). La *Antología* se inicia en el *Espejo de paciencia* y termina en los poemas elegidos de Martí. Inicio y final que son los dos componentes del libro talismán. En sus páginas, como en la receta de fabricación del libro mágico, se han juntado estos dos nombres: Martí y *Espejo de paciencia*. El antologador razona que su compilación debía describir una ascensional creciente hasta los poemas martianos. Lezama cita el nombre de Martí con ímpetu finistérico. Su muerte en batalla, que podríamos emparejar para Lezama con la muerte del coronel, su padre, parece acabar con la historia. En la mitología personal lezamiana, Martí es el dios Término. Con él terminan los ensayos acerca de una expresión americana, la antología de poesía cubana, los paralelos entre pintura y poesía cubana.

Cuando se junta a Martí el *Espejo de paciencia*, cuando se convierten en uno el inicio y el fin de la historia cubana según Lezama, la antología se ha hecho un círculo. Aro, Ouroboros, serpiente mordeándose la cola, sello querido por los gnósticos, serpiente cabalística Nasched, eterno retorno,

hábito, entropía... La historia se ha circularizado muchos años antes que la propia escritura lezamiana, escritura que plantea su exclusión, su no ser. Es el vacío.

Empecé preguntando a unas páginas de Cintio Vitier qué pudiera ser el vacío cubano, y al encontrar en dichas páginas la figura de José Martí me serví de ella como de un corredor para entrar en otras páginas de José Lezama Lima. Es en ellas donde hemos tropezado definitivamente con el vacío, con la cerrazón histórica. Cintio Vitier y José Lezama Lima principalizan el reciclaje de lo martiano. Para ellos la historia que sigue a la muerte ocurrida un día de 1895, más que asunto, es trasunto. Trasunto de otros días.

#### IV

Una página arrancada de un diario, dos libros que se pierden, el Tokonoma, el Esperado, los días que siguen a la muerte de José Martí, figuran el vacío. En una misma década, por los mismos años, tres escritores origenistas enarcan de nuevo un tema que les ha sido obsesivo. Siguen hablando de lo histórico cubano como de un cuerpo hurtado que regresa a pasar algunas temporadas entre nosotros. Poetas principalmente, devotos de la poesía, miran a la historia desde allí, desde el poema. La historia tiene que ser entonces instantánea, una gracia, un parpadeo en medio de los días iguales, algo que permita desmentir nuestra naturaleza caída. Mientras escriben del vacío van terminando páginas que nosotros, históricamente venidos después de José Martí, después del grupo *Orígenes*, examinamos. Ya resulta difícil no sentir el lleno de esas páginas origenistas. Libros escritos sobre el vacío, comienzan a ocupar el vacío de que hablan.